PESIMISMO CON ESPERANZA

El pesimismo como virtud moral en tiempos de incertidumbre

MARA VAN DER LUGT

Shackleton
books

Para mi madre
y mis hermanos

Pesimismo con esperanza. El pesimismo como virtud moral en tiempos de incertidumbre
Título original: *Hopeful pessimism*
© Mara van der Lugt, 2025.
Publicado originalmente por Princeton University Press
© 2025 by Princeton University Press
© Traducción: Bonalletra Alcompas, S. L.

Shackleton
books

@Shackletonbooks
shackletonbooks.com

© Fotografías: d. p. (I), Crispin Hughes (II), d. p. (IIinf. y III), State Library of New South Wales (IVsup.), Watts Gallery Trust (IVinf.).
© Fotografía de cubierta: pexels-timmossholder-322686

© Primera edición en Shackleton Books, S. L., 2026

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.
Diseño de cubierta: Ana Montero
Diseño y maquetación: Reverté-Aguilar

PEFC
PEFC/14-38-00230
PEFC Certified
www.pefc.org

ISBN: 978-84-1361-743-5
Depósito legal: B 2040-2026
Impreso por ELCOGRAF (Italia).

MINISTERIO DE CULTURA
DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO, DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA

Lectura infinita
#pactoporialectura

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Introducción 11

El malentendido 13
El peligro 17

Parte I. Pesimismo 21

Capítulo 1. Optimismo, pesimismo, fatalismo 23

Una breve visita guiada 24
Orientados al valor 26
Orientados al futuro 30
¿Un «deber» de optimismo? 31
El fatalismo 34
Optimismo climático, pesimismo climático 38

Capítulo 2. Pesimismo y activismo 43

Albert Camus 45
Barbarie climática 53
Los peligros del optimismo 57
El valor del pesimismo 65

Capítulo 3. Perder el futuro 69

En el abismo 77
El laberinto 84

Parte II. Esperanza 87

Capítulo 4. La ambigüedad de la esperanza 89
Historia de la esperanza 94
Repensar la esperanza 106

Capítulo 5. La esperanza radical 113
Esperanza radical y cambio climático 120
Esperanza climática 131

Capítulo 6. Esperanza *blues* 141
Las dos esperanzas: *Amdir* y *Estel* 148
Esperanza verde 155
Esperanza azul 159
«Había que hacerlo» 166
Esperanza sin expectativas 170

Parte III. Nuestras Señoras del Dolor 173

Capítulo 7. Nuestra Señora de las Lágrimas 175
Sobre el duelo 175
Duelo y luto 177
Duelo y melancolía 182
El don del duelo climático 190

Capítulo 8. Nuestra Señora de los Suspiros 193
Sobre la desesperación 193
El otro lado de la desesperación 195
Resistencia desesperada 204

Capítulo 9. Nuestra Señora de la Oscuridad 209
Epifanías oscuras 210
La virtud del pesimismo 218
La flecha de la esperanza 223

Agradecimientos 225

Notas 227

Bibliografía 253

Índice alfabético 269

Impossible, you say;
let me retreat
and find my rest.
What rest, my friend,
in these fragmented times?[1]
Toyohiko Kagawa

[1] «¿Imposible, dices? Déjame retirarme y hallar sosiego. ¿Qué sosiego, amigo mío, en estos tiempos hechos jirones?»



Figura 1. G. F. Watts, *Hope*, primera versión («verde»), 1885-86.

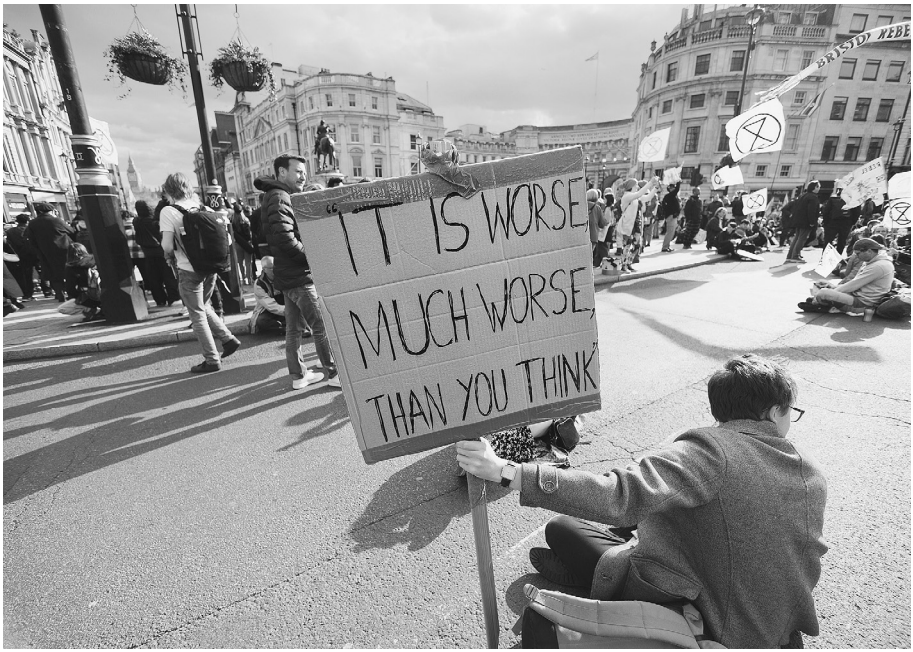


Figura 2. Marcha y sentada de protesta en Trafalgar Square organizada por Extinction Rebellion (XR) el primer día de su Rebelión de Abril, 9 de abril de 2022.

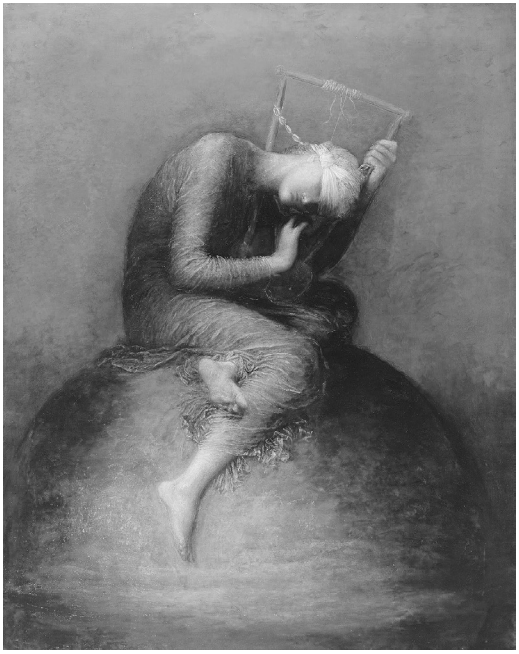


Figura 3. G. F. Watts, *Hope*, segunda versión («azul»), 1886.



Figura 4. Gustave Doré, ilustración para Dante, *Purgatorio*, canto 29.



Figura 5. Josiah Wedgwood, medallón de arcilla de Sydney Cove, 1789.

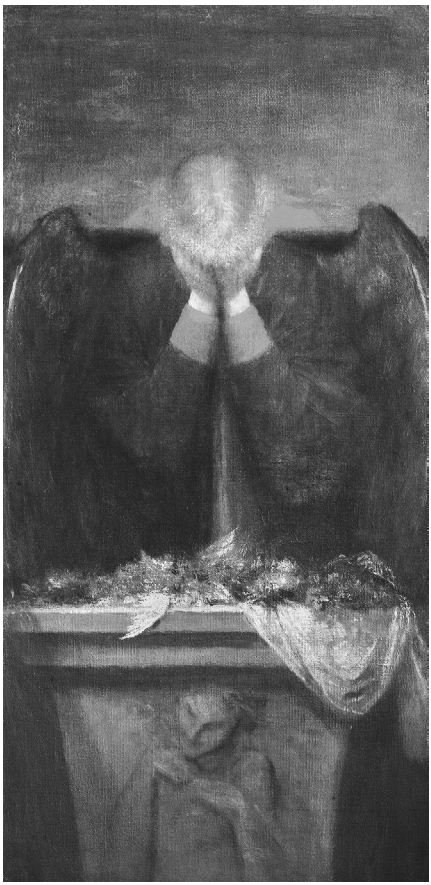


Figura 6. G. F. Watts, Una dedicatoria *(A todos aquellos que aman lo bello y lloran la destrucción insensata y cruel de la vida y la belleza de las aves)*, 1898-99.

Introducción

Una figura femenina permanece sentada sobre un globo terráqueo. La imagen transmite soledad y desolación, como si hubiera acontecido una terrible catástrofe de la que solo hubieran sobrevivido el globo desnudo y la figura que lo corona: con los ojos vendados, esta inclina la cabeza con la intención de escuchar el sonido de la última cuerda de la última lira. Recostada sobre el globo, como sobre las ruinas del mundo. El escritor G. K. Chesterton sugeriría más tarde que, si alguien entrara por azar en una galería de arte y viera este cuadro por primera vez, pensaría que se titula *Desesperación*. Y, en realidad, se titula *Hope* («Esperanza»). El cuadro, pintado por G. F. Watts en 1885, inquietó a algunos de los primeros espectadores que lo contemplaron: aquella escena frágil y aquella figura quebrada estaban a años luz de las representaciones habituales de la esperanza —un ancla, un símbolo que fortalece el ánimo—. Sin embargo, pese a su desolación, pronto anduvo en boca de todos y fue alimentando una «biografía intelectual» propia. Tanto Martin Luther King como Jeremiah Wright se refirieron a *Hope* en sus sermones, que a su vez inspiraron a un joven Barack Obama. Con todo, no está claro que el mensaje que a menudo se extrapola del cuadro —que la resiliencia humana lo conquista todo; que, incluso con una sola cuerda, la esperanza persevera— sea el

que Watts pretendía. Cuando le preguntaron por la pintura, no quiso ligarla ni con el optimismo ni con el pesimismo. «La esperanza no tiene por qué implicar expectativa», afirmó. Por tanto, lo que se deduce es que la música puede surgir de la cuerda que queda.[1]

Esta afirmación resulta interesante, porque no solemos pensar en la esperanza en estos términos. Tendemos a interpretarla, precisamente, como una expectativa de cara al futuro y a contraponerla a actitudes que consideramos carentes de esperanza: el pesimismo, la pasividad, la desesperación. Pero ¿y si siguiéramos la pista de Watts y adoptáramos otra concepción de la esperanza? ¿Cómo sería una esperanza que no dependiera ni de la expectativa ni del optimismo? ¿Podría el propio pesimismo ser esperanzado? «Pesimismo esperanzado»: suena a una contradicción en los términos, ya que la esperanza suele ligarse —o incluso equipararse— con el optimismo, y el pesimismo con su contrario, la desesperación. Son palabras con las que nos tropezamos a diario en una época ensombrecida por la tormenta de la catástrofe climática que se avecina. De modo que ¿eres optimista o pesimista teniendo en cuenta nuestras posibilidades? ¿No caes en la desesperanza? ¿Hay motivos para la esperanza? ¿Cómo evitar la desesperación? Estas son las preguntas que escritores, científicos y activistas se formulan cada día. Parece como si se nos exigiera adoptar una postura a todos, no solo sobre el cambio climático y qué hacer al respecto, sino también sobre la actitud que mantenemos ante el futuro: un futuro que, por lo demás, se presenta incierto.

No hay nada de malo en estas preguntas, en la medida en que nacen de una disposición abierta y curiosa. No obstante, a veces, tanto las preguntas que se formulan como el modo de responderlas vienen cargados de una intensa dimensión moral. Lo que subyace a la exigencia de elegir entre esperanza u optimismo, por un lado, y desesperación o pesimismo, por el otro, es la suposición persistente de que optar por lo primero equivale a situarse en el lado correcto de la historia, mientras

que ceder a lo segundo supone renunciar por completo a ello. Según esta narrativa, quien se entrega al pesimismo se adentra en un mundo lleno de fatalismo, derrotismo y apatía, donde el cambio resulta imposible debido a la incapacidad misma de imaginarlo.

Noam Chomsky, en una colección que tuvo el acierto de titular *Optimismo contra el desaliento* (*Optimism over Despair*), plantea la cuestión del optimismo y el pesimismo como una bifurcación en el camino:

> Tenemos dos opciones. Podemos ser pesimistas, rendirnos y contribuir a que ocurra lo peor. O podemos ser optimistas, aprovechar las oportunidades que sin duda existen y quizá ayudar a hacer del mundo un lugar mejor. No es una elección compleja.[2]

Igualmente, Jane Goodall sostenía que la gente se siente «abrumada por la magnitud de nuestra insensatez» y que eso provoca que «se hunda en la apatía y la desesperación, pierda la esperanza y, en consecuencia, no haga nada».[3] En una postura más matizada, Rebecca Solnit contrapone la esperanza tanto al optimismo como al pesimismo: «Los optimistas creen que todo irá bien sin nuestra participación; los pesimistas adoptan la posición contraria; ambos se eximen así de actuar»,[4] porque «tanto si uno está seguro de que todo se irá al infierno como si considera que todo saldrá a pedir de boca, no hay un impulso para actuar» (*Esperanza en la oscuridad*).

El malentendido

Los autores que advierten contra el peligro del pesimismo y la desesperación (que, como constataremos en adelante, no son lo mismo, aunque a veces vayan de la mano) actúan condicionados por un temor comprensible. Si examinamos con más detenimiento sus formulaciones, enseguida resulta evidente que lo que en realidad combaten no

es tanto el pesimismo (la idea de que el futuro se presenta sombrío) ni siquiera la desesperación (una respuesta natural ante ese panorama), sino el espectro del fatalismo, la apatía y el derrotismo: la convicción de que *no hay nada que hacer y, por tanto, lo mejor es claudicar*.

Este espectro, como veremos, a veces adopta formas muy reales y tangibles y, cuando lo hace, el temor al fatalismo está justificado: existen motivos para inquietarse ante quienes afirman que deberíamos *limitarnos a rendirnos*. Aun así, son muy pocos los que defienden eso y, lo que aquí nos importa es que la mayoría de los pesimistas no lo lleva a término.

El gran malentendido, tanto en el debate climático como en un sentido más general, surge cuando se equipara el optimismo con la actividad y el compromiso, y el pesimismo con la pasividad, el derrotismo o la resignación. Porque no es cierto que el pesimismo equivalga a darse por vencido. Como también han argüido otros —y como demuestra sobradamente la historia—, pesimismo y activismo son perfectamente compatibles; de hecho, en algunos casos han resultado una combinación especialmente poderosa. Al fin y al cabo, si el activismo optimista se apoya en la cercanía del éxito, queda expuesto a los reveses y las decepciones: se consume con rapidez, se apaga con facilidad. En cambio, el activismo pesimista, si se encauza de manera adecuada, puede manifestarse como un fuego de combustión lenta: un fuego que no necesita alimentarse ni de la expectativa ni de la gratificación de los éxitos en el camino.

Tendemos a equiparar rápidamente el pesimismo con la pasividad, el fatalismo o la desesperación, y a rechazarlo por este mismo motivo —pues, desde luego, no queremos una filosofía que nos diga que debemos claudicar—. Pero ¿es esto realmente el pesimismo? Joshua Foa Dienstag explicó en su libro sobre este tema que, lejos de conducir a la pasividad, el pesimismo puede estar estrechamente ligado a una tradición de activismo moral y político, como en el caso del novelista y

filósofo francés Albert Camus (aspecto que abordaremos ampliamente en el segundo capítulo).

Ni siquiera los pesimistas más sombríos se atrevieron a afirmar jamás que la vida solo podía empeorar o que nunca podía mejorar: esto no es más que una caricatura del pesimismo, trazada a toda prisa con el fin de descartarlo. Ni siquiera Schopenhauer, el más lúgubre de todos los filósofos, suscribió tal idea. Por el contrario, sugirió que es precisamente porque no podemos controlar el curso de las cosas por lo que nunca podremos saber qué depara el futuro: la vida puede cambiar a peor o a mejor. «El pesimista», en palabras de Dienstag, «no espera nada».[5]

Esto no significa que tal pesimismo se halle «carente de esperanza», al menos no en el sentido de creer que no hay posibilidad de cambio. Si el futuro se encuentra radicalmente abierto, esa incertidumbre es tanto un peligro como una posibilidad. Para el pesimista siempre hay esperanza, porque siempre hay incertidumbre. Se trata de una esperanza sin expectativa, y bien podría ser lo que Watts insinuó al titular *Hope* («Esperanza») a su desolado cuadro.

Sin embargo, si el pesimismo puede ser compatible con el activismo, ¿qué ocurre, entonces, con la desesperación? ¿Es que acaso se asemeja la desesperación a la claudicación? No estoy tan seguro. Ciertamente debemos resistir a toda costa a algunas formas de desesperación: a aquellas que nos llevan a derrumbarnos en la inacción, a admitir la derrota. Aun así, existen también otras: versiones de la desesperación compatibles con el activismo, con el coraje y la tenacidad, con permanecer en la batalla incluso cuando toda «esperanza» parece perdida. No es cierto que necesitemos estar positivamente esperanzados para continuar luchando. No hay duda de que los movimientos de resistencia y activismo del pasado se han alimentado de la esperanza y la expectativa, pero también de la desesperación, la ira, el duelo y, más que nada, de razones de justicia y de deber: porque *es lo que se nos exige*.

Esta es una forma de compromiso y de impulso moral que de ningún modo resulta incompatible con la desesperación, y no debería sorprendernos: aparece por doquier en nuestras narrativas culturales, aunque pocas veces lo reconozcamos como tal. Así, en la adaptación cinematográfica de *El Señor de los Anillos*, cuando, en medio de una situación desesperada, Frodo pregunta a su compañero «¿a qué nos aferramos, Sam?», este responde: «A que todavía hay algo de bondad en este mundo, señor Frodo. Y que *merece la pena luchar por ello*».[6] Este pasaje, muy apreciado en las redes, suele glosarse como una afirmación de la esperanza contra toda probabilidad, sin embargo, al igual que el cuadro de Watts, admite otra lectura: que incluso cuando no hay «esperanza» a la vista, cuando no hay razón alguna para creer que sobreviviremos al tsunami de la perdición, puede merecer la pena luchar. Aun a sabiendas de que la misión entraña una dificultad enorme, sigue siendo una forma de esperanza. En ausencia de perspectivas reales de éxito, lo que puede sostenernos no es la esperanza expectante de la victoria, sino el conocimiento desesperado de que existen razones por las que vale la pena luchar: una serena desesperación de la que bien puede brotar la esperanza.

La cuestión es que la esperanza es importante, pero debe ser del tipo adecuado: aquella que persiste cuando las demás versiones fracasan. J. R. R. Tolkien dio claramente cuenta de ello, y por este motivo existen dos palabras para la esperanza en élfico: *Amdir* y *Estel*.[7] Yo hablaré, en cambio, de la esperanza verde y de la esperanza azul, y sostendré que, mientras la verde ha dominado nuestra conciencia, es hacia la azul hacia donde debemos dirigirnos: la esperanza que se sitúa al lado del pesimismo e incluso camina de la mano de la desesperación; la esperanza que nace de la pura incertidumbre.

La esperanza del *pesimismo con esperanza*.

El peligro

Lo que debemos evitar, entonces, no es tanto el pesimismo como la pasividad, el derrotismo o la claudicación. Ni siquiera la desesperación debe evitarse por completo, pues también puede insuflarnos energía e impulsarnos a luchar por el cambio; lo que sí debemos rechazar es la forma de desesperación que conlleva que nos derrumbemos. Estos términos no son sinónimos del pesimismo, que no es más que la asunción de una mirada sombría sobre el presente y sobre el futuro, y que *no* implica la pérdida del coraje ni la renuncia a insistir en la lucha por algo mejor; al contrario, con frecuencia son precisamente esos los dones que el pesimismo puede otorgar.

¿Significa esto que los autores que advierten contra el pesimismo o la desesperación siguen estando plenamente justificados, siempre que sustituyamos esos términos por otros, como fatalismo o apatía? ¿Se trata, en última instancia, de una cuestión semántica?

Si así fuera, nuestra tarea resultaría sencilla. No obstante, se trata de algo más complejo. Porque, mientras la narrativa de la esperanza logra esquivar la Escila de la apatía y el derrotismo, a veces se desliza hacia la Caribdis del optimismo, cuyo peligro tiende a subestimar.

Esperanza y optimismo: son conceptos enmarañados en los estrechos nudos de la asociación, y a menudo confundidos o incluso fusionados por los mismos autores que afirman mantenerlos a distancia. El peligro del optimismo es uno contra el que los viejos pesimistas no se cansaron de advertirnos: que, si sobrestimamos el poder que tenemos sobre nuestra mente, nuestra vida y nuestro destino, es demasiado fácil deslizarse hacia la crueldad. Que insistir en que la vida es buena, incluso ante un sufrimiento duro e implacable, o sostener que tenemos bajo control nuestra felicidad, equivale a agravar todavía más ese sufrimiento. Supone añadir al dolor la responsabilidad de ese mismo dolor; supone cargar a quien sufre con un sentimiento de inadaptación.